

APENDICES

(para el Libro)
Apéndice I
~~Capítulo UNDECIMO~~
~~Apéndice~~

Julio 14, 1941

Cualquier crítica que se haga a la politiquería no puede, dentro de la democracia, ser una crítica a la existencia de partidos políticos. Los partidos políticos podrán cambiar de naturaleza, podrán ser en el futuro algo muy distinto en su manera de actuar de lo que han sido en el pasado; pero la existencia de grupos representantes de distintos puntos de vista, considerando diversos propósitos como preferibles para la comunidad y gozando de plena libertad en su expresión y ~~defensa~~ defensa de esos propósitos, parece ser esencial a la idea democrática. Si esto es así, nuestra preocupación debe ser encontrar, facilitar y estimular el mejoramiento en la naturaleza y los hábitos de los partidos políticos, acoplarlos a los propósitos democráticos, limpiarlos de las prácticas, los hábitos mentales, las compulsiones psicológicas, que tienden a convertirlos en aristocracias superficiales dentro de la democracia. En ^{fin} ~~ellos~~, convertirlos en orientadores del pueblo y en agentes de aquellas orientaciones que el pueblo haya aceptado y decretado. Que, desgraciadamente, en las democracias los partidos políticos tienden a convertirse en maquinarias para sus propios fines --en lo que llamo aristocracias transitorias--, es cosa bastante evidente. Que en esa tendencia reside una de las debilidades más serias de la democracia es algo que se puede obser-

var sin necesidad de poner en juego grandes facultades analíticas. ¿Por qué tiende esto a ocurrir? ¿Cómo puede corregirse?

Hay tres factores correctivos: la educación de los dirigentes, el sistema de planear concretamente la acción del estado, y la educación del pueblo en vigilancia de su gobierno y de sus organismos de acción.

Como en la democracia no hay una clase de dirigentes a quien se pueda educar de antemano sabiendo que van a ser dirigentes, la educación aquí tiene que ser ambiental, consistir más bien de la creación de un clima psicológico que tienda a afectar a los dirigentes al entrar a actuar como tales dirigentes; de la aceptación de un estado de cultura que se exija a los dirigentes. Actitud hacia la vida pública, sentido de lo que significa responsabilidad colectiva, espíritu de sacrificio --no muy grande para que no tenga que ser excepcional o heroico, pero lo suficientemente honrado para no alegarse a sí mismo como motivo de compensaciones posteriores. Se comprende que esto es difícil, porque la realidad actual es tan contraria: el clima psicológico en el que se entra en la dirección de la vida pública es decididamente inferior al clima en que se vive fuera de ella.

La práctica de hacer planes integrados y completos por el estado tiende a amainar una gran parte del poder desintegrador de las influencias múltiples y las motivaciones innominatas que tienden a pulular en la costra de una organización política. Tales influencias y motivaciones se ven de ese modo limitadas por una idea central, clara, que el pueblo ha aprobado.

La educación del pueblo en la vigilancia de sus mandatos es el correctivo fundamental, si funciona, de aquellos que no corrigieron las dos primeras cosas. Es, además, fuerza contributiva a formar el clima de que hablamos. Un factor importantísimo en esta educación democrática del pueblo es entrenarlo claramente a no confundir intereses internos del partido político por el cual votó con los propósitos programáticos de ese partido que lo indujeron a votar por él. El pueblo tiene que educarse a no sentirse solidario de grupos por el mero hecho de que sí. De sentirse el pueblo solidario de grupos políticos arbitrariamente, su tendencia es a alegrarse de los privilegios mínimos, y a veces antisociales, ganados por los miembros más destacados de ese grupo, o a indignarse, por reveses mínimos, y a veces hasta merecidos, sufridos por los miembros más destacados de ese grupo. Semejante estado de ánimo en el pueblo conduce a una fuga rápida de los principios y propósitos democráticos por la tangente apasionada y nimia

de las solidaridades insustanciales.

¿Qué es lo que debe ser realmente un partido político?
¿Cuáles son sus funciones verdaderamente democráticas?
¿Cuál es el cuadro que deben tener ante la vista los que dirigen los partidos políticos para conformarse ante él y los pueblos para exigir la adaptación de sus líderes a ese cuadro?

Un partido político debe formarse alrededor de una idea, o de una estructura de ideas y propósitos. Tales ideas y propósitos pueden envolver --generalmente envuelven-- factores económicos, ya que el estado es una especie de director de formas de vivir la vida, y ya que la forma de vivir la vida está estrechamente ligada a la forma de ganársela.

Hasta aquí la cosa está clara. Si un partido político es lo que acabo de decir, entonces las personas que se decidan a trabajar por ese partido político deben ser personas que, bien por la satisfacción creadora de laborar en una causa en la cual se cree, o bien por la motivación de laborar por el mejoramiento económico del grupo a que pertenecen --se entiende del grupo en la estructura económica del país--, se sienten suficientemente motivadas para actuar. Si eso fuera todo, tal partido político, al llegar al poder, daría curso a usar los instrumentos del gobierno dentro de la ley para estructurar su propósito --que, en

una forma o en otra, es el propósito de todos en ese partido. Esa definición tan simple que acabo de hacer es de hecho lo que debe ser un partido político bajo la democracia.

Pero resulta que el poder en sí no tiene programa, sino fuerza. El poder lo mismo sirve para cumplir un programa que para no cumplirlo. El poder lo mismo puede servir para cumplir propósitos colectivos conocidos que para llevar adelante propósitos no colectivos que se ha tenido buen cuidado de que no fueran conocidos de antemano. De ahí es que viene esa variación que notan las gentes sencillas de la diferencia de los partidos políticos antes de llegar al poder y después de llegar al poder. Y no es necesariamente que la gente haya ocultado propósitos no colectivos, como un cálculo o como una estrategia; es que el subconsciente de la gente tiende a ocultarle a ellos mismos los propósitos pequeños que tengan hasta que llega el momento en que tienen los medios para realizarlos. Hago notar esto, porque hemos hablado de la educación de dirigentes; y una de las funciones de la educación es en efecto impedir que el subconsciente le haga tales trastadas a la conciencia.

Así vemos que el mismo poder que sirve para ayudar a cumplir el propósito colectivo, de pronto se ve que sirve también para el establecimiento de algún privilegio perso-

nal. Como el privilegio personal, una vez visto, tiene una fuerza más grande en las conciencias que no han sido debidamente educadas que el propósito colectivo, vemos cómo rápidamente se tuercen y se mezclan las motivaciones en los partidos políticos --y tratándose de personas perfectamente normales y normalmente dignas-- conduciendo a la formación de esas aristocracias de mando a que he aludido y que se llaman las maquinarias políticas.

Esto cobra, además, caracteres de estructuración. No es sólo una serie de motivaciones personales que se han enrevesado cada una por su cuenta. Es una cadena de tales motivaciones. El individuo o fulano, dirigente en un partido, puede no tener ninguna motivación personal él mismo; pero está sujeto a numerosas motivaciones personales de personas útiles en su distrito o en su radio de acción que esperan que él se haga agente de ellas, bajo la amenaza casi nunca expresada, a menudo ni siquiera pensada, de que si no se cede a esas presiones tales individuos se enfriarán en su interés y puede ser que hasta cambien de partido. El individuo que no ha tenido motivaciones personales se ve de este modo obligado a actuar a base de las motivaciones personales de otros, bajo una doble amenaza: o se enfrían esos otros, o surge otro individuo que sí se convierte en vehículo de esas motivaciones per-

sonales de otros y ocupa entonces la posición directiva dentro de la aristocracia de mando que antes ocupaba el primero.

A poco que piense el primero, calculo lo siguiente, aún bajo las mejores circunstancias: "de todas maneras alguien va a hacer esta cosa que yo no había pensado hacer por mí mismo; no se va a ganar nada con que yo no la haga; pues entonces la hago yo mismo." Y así se va corrompiendo el propósito democrático y el espíritu democrático original.

Es evidente que, mientras semejante proceso exista, el pueblo no tiene ningún interés efectivo en la vida pública, porque entonces el pueblo, al hacer un gesto de autoridad democrática y cambiar un partido por otro, lo que está haciendo de hecho es poniendo al nuevo partido en la posición de convertirse en lo que era el viejo partido rechazado por el pueblo. Este es el círculo viciosos que hay que romper.

¿Se puede romper? Sí, se puede. Se puede, porque, aunque los cínicos digan otra cosa, la gran mayoría de las personas tienen instintos decentes y constructivos. Lo que hay que hacer es enseñarles a estar alertas en el resguardo de esos instintos para que no puedan ser anulados subconscientemente dentro de su acción y sus hábitos. Esto es lo que he llamado la educación de los dirigentes en la democracia. Desde luego, a lo que se llama "un sirvenguenza" no se

le puede educar en ninguna cosa buena. Pero yo insisto en que los sinvergüenzas son pocos. Al hombre bueno y turbado sí se le puede educar arrojando luz sobre las causas de su turbación. A ningún hombre bueno le gusta estar turbado. A ningún hombre bueno le gusta no entender bien. Lo que le gusta es que se le ayude a salir de su turbación, que se le facilite el entender bien. Esa es la misión educativa de los líderes de la democracia. Esa es la necesidad educativa de los líderes de la democracia. Esa es una necesidad vital de la democracia misma.